DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

UNA PINTURA DE ÁNIMAS EN SAN DIONISIO YAUHQUEMEHCAN

Por Jesús Franco Carrasco

San Dionisio Yauhquemehcan cabecera del municipio de su nombre y sede parroquial, se encuentra en la porción central del Estado de Tlaxcala. Se llega al pueblo con cierta facilidad, ya que está ubicado sobre la carretera federal de México a Veracruz, vía Apizaco —muy cerca de este último sitio.

Siendo evidente la gran pobreza y el carácter estacionario de la población, no deja de sorprender al visitante la magnífica pieza arquitectónica que es el templo de San Dionisio. Con su excelente portada de cantera gris y su imponente campanario decorado en estuco —ambos en estilo salomónico tardío de marcada factura popular—, sus cúpulas revestidas de coloridos azulejos poblanos, sus retablos dorados que incluyen un altar mayor —joya de por sí, que cubre todo el ábside—, sus pinturas y sus tallas, todo merecería un estudio especial totalmente fuera del alcance del presente artículo.

Para explicar el contraste que existe entre la precaria situación de la comunidad y la excelente fábrica de su templo y los tesoros que guarda, basta saber que durante el siglo XVIII, época de la erección y enriquecimiento de la iglesia, el curato de San Dionisio incluía en su patrimonio la hacienda de Mazaquiáhuac, importante finca ganadera, ahora pequeña ranchería del municipio de Tlaxco.

Aunque, como ya he dicho, muchos son los detalles dignos de llamar la atención —tanto en el exterior como en el interior del edificio—, uno de los más importantes, si bien no el más llamativo, es el enorme lienzo de ánimas del que me ocupo (figura 1). Se trata de una pintura de seis metros de alto por cuatro de ancho, que llena el vano de un falso arco de medio punto en el segundo intercolumnio izquierdo de la nave. Se ofrece a la devoción de los fieles en un altar que comparte con un Calvario, Cristo en la Cruz, una Dolorosa de bulto y el estandarte de la Asociación de Ánimas del Purgatorio que se encarga de su cuidado.

Las particularidades del lienzo empiezan desde la bellísima serie de pinturas que lo enmarcan. En efecto, en dieciocho cuadros individuales hay representados otros tantos ángeles custodios, llevando o cargando cada uno el ánima que guarda. El contraste entre las almas adultas y los aparentemente gigantescos niños alados que las llevan es exquisito

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

(figura 2). Cada una de las imágenes tiene su propio marco dorado y su conjunto encierra la pintura principal.

En cuanto al lienzo de ánimas, obra fechada en 1775 y al parecer anónima, presenta algunas de las más notables características entre sus contemporáneos. Como en casi todos ellos, privan el estilo popular y la composición simplista que tan bien se prestan para hacer llegar a los fieles la información catequística, en este caso el mensaje de salvación condicionada que representa el tránsito del alma por el fuego purificador del purgatorio.

Pero en Yauhquemehcan —y ése es el hecho más importante al que he de referirme—, además de las postrimerías hay una clara alusión al mundo, tanto como punto de partida del hombre hacia su destino final como lazo de unión entre el doloroso inframundo y la gloria. Es así como el cuadro viene a representar el cuerpo místico de la Iglesia, con sus tres componentes: la Militante, la Purgante y la Triunfante (esquema 1).

Respecto a los dos últimos, el paralelismo con otras pinturas de ánimas es evidente. En cuanto al purgatorio, amén de la necesidad de penitencia, destaca la igualdad de los hombres ante el juicio divino. Papas y obispos, reyes y vasallos, ricos y pobres, criollos e indios, hombres y mujeres, todos tienen que lavar sus culpas antes de acceder a la gloria. Aunque velado por sus mismas llamas, el infierno puede entreverse en el nivel más profundo. En él, tras fuertes rejas y bajo la custodia de seres diabólicos, los condenados exhiben sus crispados rostros como lección edificante. Se sobrepone, sin embargo, un claro mensaje de esperanzas; ángeles que sobrevolando las llamas del castigo vienen a liberar a los penantes (figuras 7 y 8).

En cuanto a la representación de la Iglesia Triunfante, constituye la parte más historiada del cuadro. Dios y los bienaventurados ocupan el cielo. Pero la multitud de los santos ha sido repartida y sistematizada de tal manera que la lección de cada uno, coordinada con las de sus acompañantes, se articula de la manera más eficaz en la mente del catecúmeno (esquema 2).

El espacio pictórico ha sido dividido horizontalmente en tres niveles. En el superior se alojan la Santísima Trinidad y la familia de Jesús: María, su madre, y sus abuelos, Joaquín y Ana. En el intermedio se ubican santos y santas de los primeros días: apóstoles, vírgenes y mártires. En el inferior, presidido por San Miguel, custodio universal de la

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

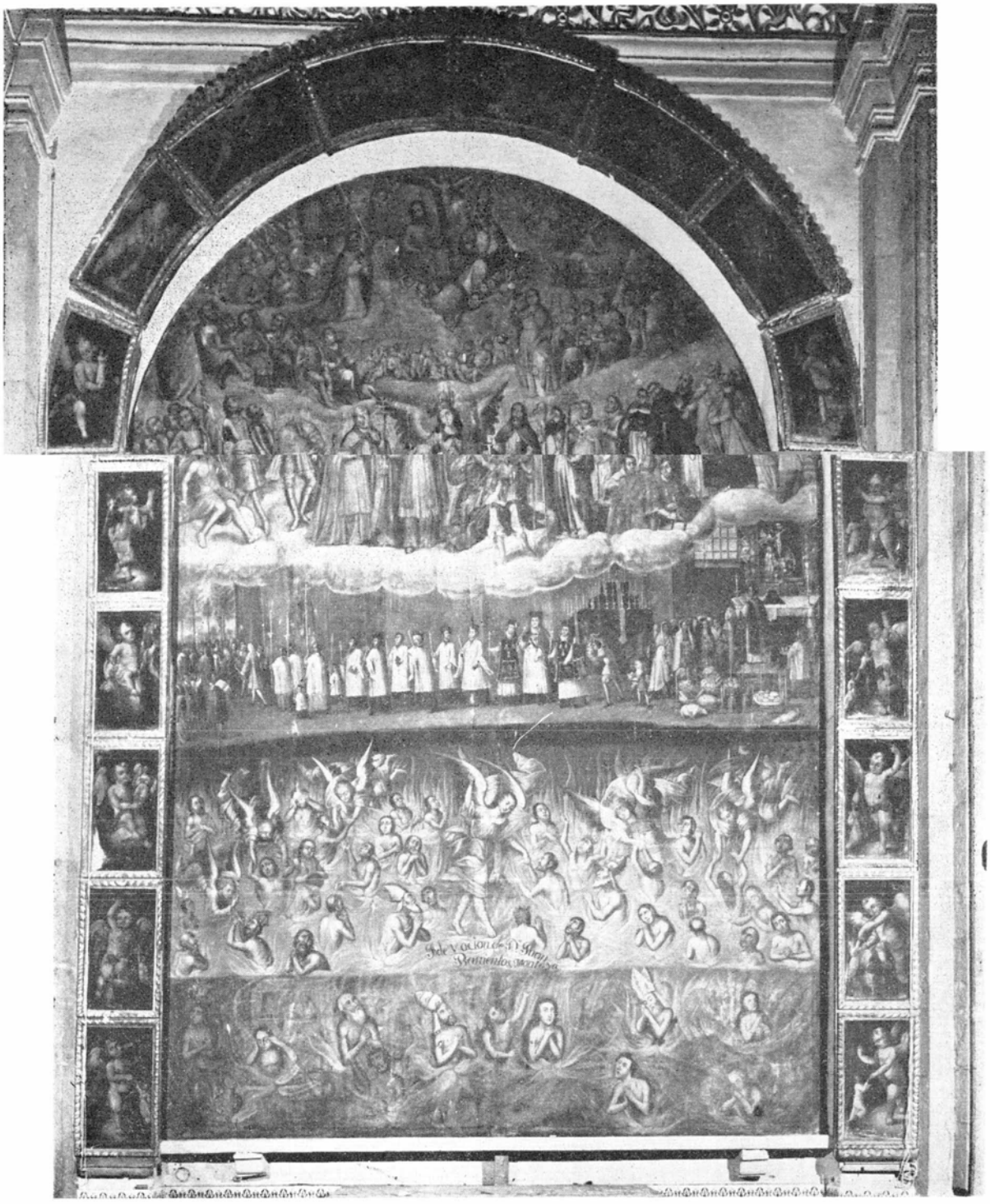


Figura 1. San Dionisio Yauhquemehcan. Parroquia. Anónimo. Pintura de Ánimas.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

Figura 2. Ángel de la guarda. Detalle.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

Figura 3. San Miguel Arcángel. Detalle.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

Figura 4. El clero regular y los diáconos. Detalle.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

Figura 5. Misa de difuntos y ofrenda. Detalle.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

Figura 6. El oficiante.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

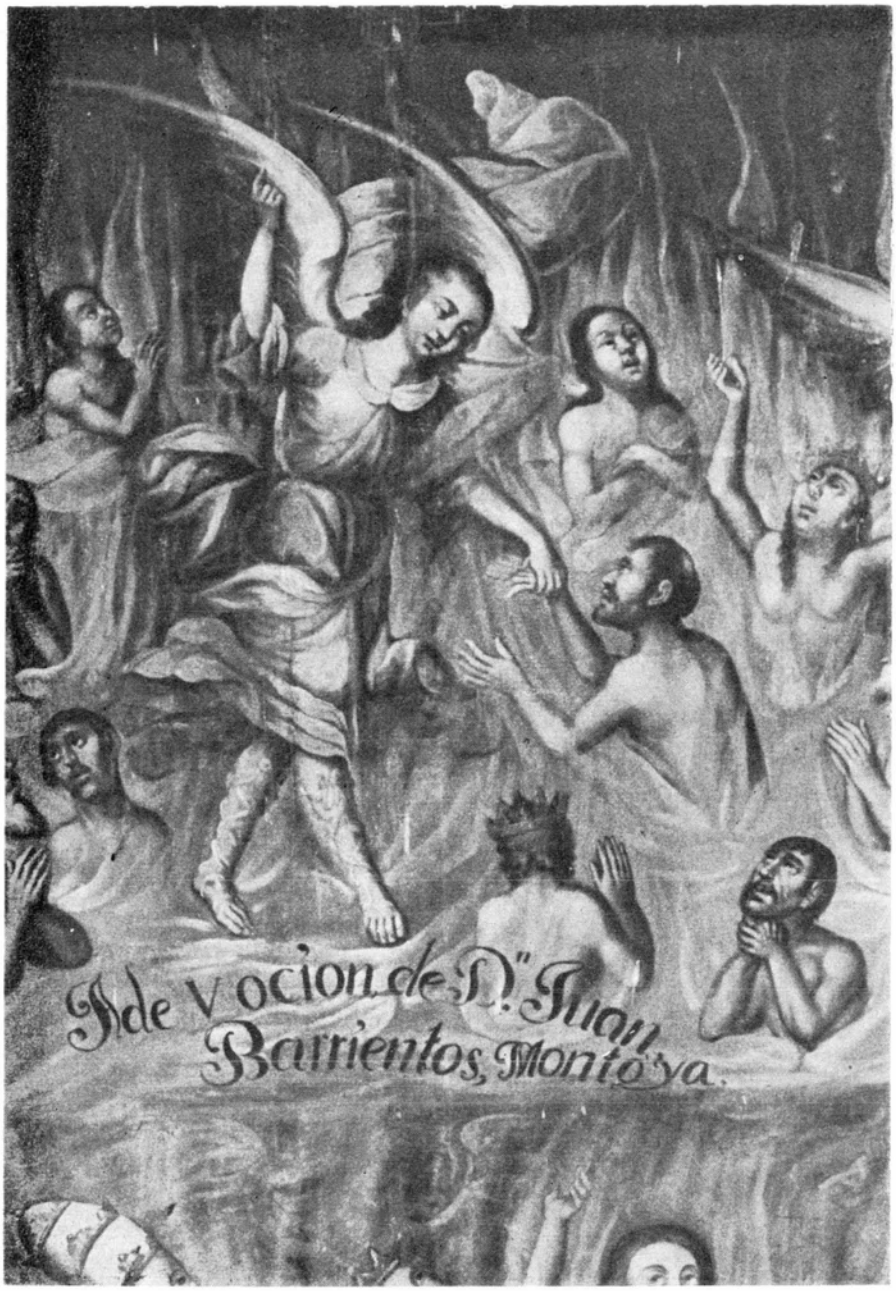
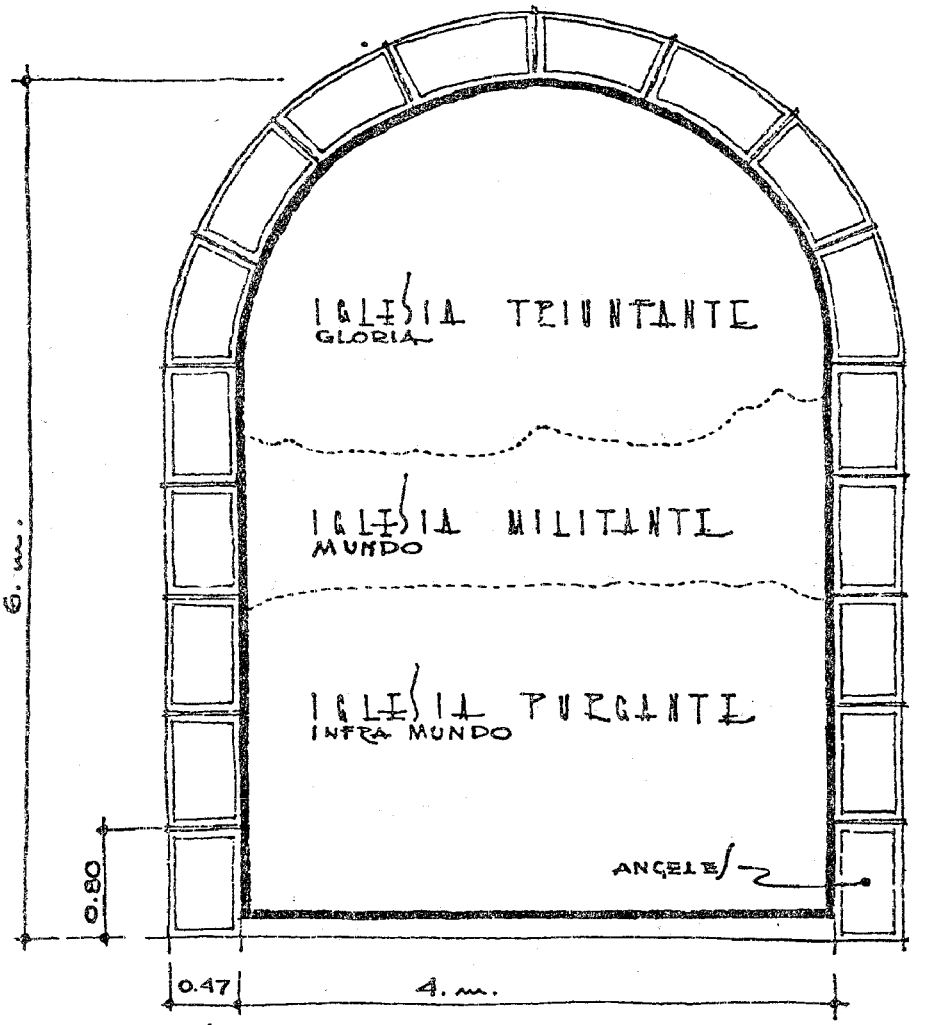


Figura 7. Ánimas del Purgatorio. Detalle.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

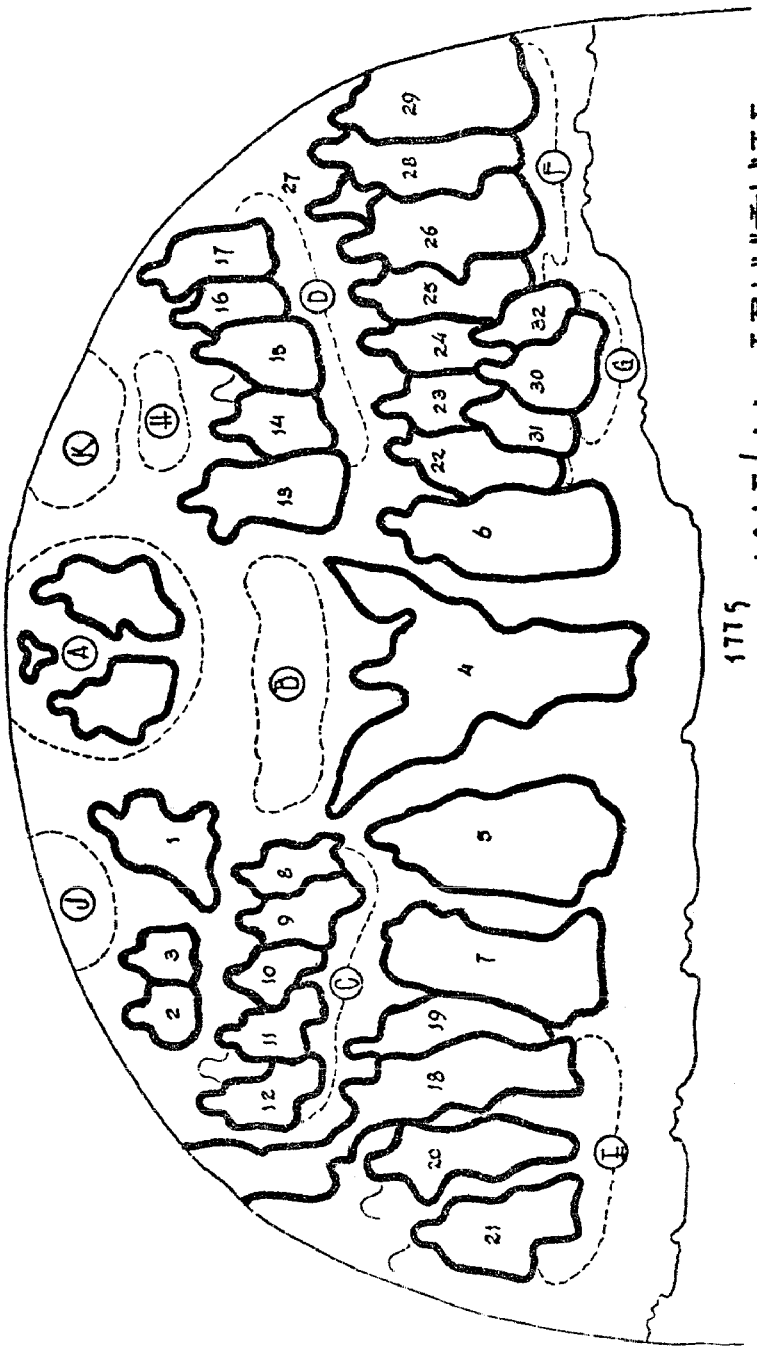
Figura 8. Los condenados. Detalle.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076



ESQUEMA 1
PINTURA DE ANIMAS
YAUHQUEMECAN, TLAX.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076



DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

Iglesia, sus más dinámicos representantes: los religiosos y los defensores de la fe (figuras 3 y 4).

Los grupos, dispuestos con cierta simetría, se articulan al eje vertical, sobre el cual, además de la Trinidad y el Arcángel, están los Santos Inocentes. En el plano inferior, los dos más grandes pilares de la Iglesia, Pedro y Pablo, se han colocado a ambos lados de San Miguel, extendiéndose a la derecha del espectador los religiosos y a su izquierda los soldados de Cristo. El desbalance creado por la inclusión en este plano de San Dionisio, patrono del pueblo, ha sido compensado con el grupo de los diáconos.

En el plano intermedio, en tanto que el lado derecho se reserva a las santas, encabezadas por Santa Bárbara que manifiesta el misterio de la Eucaristía, el izquierdo contiene santos ligados de alguna manera a la vida de Jesús. Allí están José, su padre terrenal, y los dos Juanes, el Bautista y el Evangelista.

Tres grupos de ángeles completan el plano superior. Cabe mencionar, especialmente, el que se encuentra a la izquierda de Dios Padre. Lo forman los angelitos; esos niños que muriendo en estado de gracia, en la edad de la inocencia, van directamente a ocupar su lugar en el cielo.

En el esquema de la Iglesia Triunfante que se presenta al final de este artículo y en lista correspondiente, podrá el lector conocer los santos que pueblan el Paraíso figurado. Su identificación se realizó, en gran parte, con apego a los atributos que portan los bienaventurados, teniendo en cuenta, además, la devoción de los pueblos de la región de acuerdo con sus santos patronos.

Al examinar esa lista se puede ver la intencionalidad de la selección y el propósito implícito en su representación. Es la articulación de todas las virtudes religiosas lo que da vida al cuerpo de la Iglesia. La sencilla santidad que confieren el contrato con Cristo, la dedicación a su servicio, la virginidad o el martirio (plano intermedio) no es suficiente para el hombre actual (1775) a quien se piden esfuerzos más importantes (plano inferior). Los defensores de la fe, no sólo deben estar dispuestos al sacrificio y a la muerte como mártires sino a darle el más decidido apoyo temporal. Los religiosos, teólogos y propagandistas, además de vigilar la pureza del dogma deberán ejercer, por Cristo, el ministerio de la caridad. La importancia de este último grupo es imponderable, ya que en unas cuantas figuras muestra la evolución ideológica del clero regular, desde la clausura la las primitivas herman-

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

dades de teólogos y místicos, agustinos y benedictinos, hasta los dinámicos transportes filantrópicos de San Vicente de Paúl.

Pero a pesar de la gran riqueza ideológica y figurativa de los detalles que llevo examinados, es en la representación de la Iglesia Militante donde el lienzo de Yauhquemehcan adquiere su categoría excepcional. Las pinturas de ánimas, referidas generalmente sólo al plano sobrenatural, no suelen contener alusiones tan directas al mundo. Tratándose aquí de una ceremonia luctuosa, resulta en cierta forma lógica, ya que son precisamente las honras fúnebres el primer paso para obtener el sufragio del alma del penitente, o dicho de otro modo, el único puente que podemos tender, aquí en la tierra, entre el ánima en pena y su glorioso destino. A pesar de ello el caso es muy raro y personalmente no conozco otro.

A lo anterior debemos agregar el incalculable valor documental de la escena que se presenta. El pintor ha descrito con gran amor y veracidad las exequias celebradas, ya mediado el siglo XVIII, en una comunidad rural, quizás el propio San Dionisio. El difunto, uno de los notables del pueblo, podría ser la misma persona en cuya memoria se pintó el cuadro, según la siguiente dedicación en él inscrita:

A devocion de Dn. Juan Barrientos, Montoya.

La ceremonia tiene lugar en el interior de un templo y el pintor, manejando hábilmente el angosto espacio de que dispone, ha logrado una fascinante visión panorámica de la escena. En un eficiente giro semicircular va repasando todos los los incidentes del acto. El eje longitudinal de la nave se curva en beneficio del espectador que puede contemplar frontalmente tanto el altar como la puerta que conduce al luminoso exterior.

Recorriendo el escenario de derecha a izquierda encontramos en primer término al celebrante que oficia la misa de difuntos (figura 5). Únicamente las mujeres atienden el rito. Frente al altar, en platones y cazuelas, se apilan las viandas del banquete fúnebre: dos corderos, frutas y legumbres, pan y licor, todo dispuesto entre candelas encendidas. Vemos a continuación una aparatosa pira funeraria llena de luces, a partir de la cual asoma la procesión que se encamina hacia el pórtico. La precede un elegante caballero empelucado al que siguen, por su orden, la cruz alta y los ciriales, seis clérigos de alba y bonete y un presbítero revestido de capa pluvial que es asistido por dos diáconos (figura 6). En el ex-

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

tremo ezquierdo, en primer plano, músicos y cantores; al fondo el pueblo expectante. Al centro y abajo de esta escena, medio legible, aparece la fecha: año de 1775.

Un hecho debe destacarse todavía. Tanto en el purgatorio como en la gloria, el pintor ha estado sujeto a estereotipos religiosos más o menos convencionales —tal es el caso de las ánimas en pena y del fuego de su tortura. En cuanto a los santos, por sus efigies y sus actitudes, son evidentes copias de otros cuadros trasladadas al lienzo sin más. De allí se originan contrastes tan notables como el que produce ese flamante y barroco San Miguel, si se compara con la tiesura del resto de los bienaventurados. Pero cuando el artista se pone en contacto con la tierra y se dedica a recrear en la tela su propio universo, todo cambia. La pintura, ahora humilde y cálida, se vitaliza en la contemplación directa de los hombres, en la ingenua observación de la anécdota, en la copia de las cosas naturales. Así vemos la cuidadosa descripción de las viandas de la ofrenda mortuoria, al sacristán que sopla sobre el incensario para avivar el fuego y los aires de majestuosa solemnidad del presbítero. El minucioso enfoque del altar, la sombrosidad de la nave y el verdor de los árboles distantes, hablan también de un mundo sentido intensamente.

Es precisamente en ese enclave en el ámbito local, donde el cuadro de Yauhquemehcan se ubica con toda propiedad dentro de esa corriente de pintores anónimos que, en la segunda mitad del siglo XVIII, poblaron las iglesias de la región con bellísimas obras que esperan la atención del estudioso.

Respecto a la obra que nos ocupa, pese a su composición simplista —casi una mera acumulación de planos— y a su trazo a veces obvio e ingenuo, acusa un buen oficio, minucioso y eficaz. El artista ha logrado plenamente trasmitir el mensaje que le ha sido propuesto a través de un vehículo de evidente monumentalidad, pero además de la lección doctrinaria nos ha legado la imagen viva de su inmediata realidad.

Como en otros casos similares, el lienzo de Yauhquemehcan vive sobrellevando heroicamente el paso del tiempo. El polvo, acumulado por años, oculta parcialmente los colores ye enegrecidos. Los albañiles, al pintar el templo, dejaron en el cuadro huellas de su paso y hasta un gran desgarrón pone en peligro la integridad de la tela.

Aunque el altar está a cargo de la Asociación de las Ánimas del Purgatorio y del presbítero Reinaldo Pulido, cura de la parroquia, se muestran altamente preocupados por la conservación del patrimonio

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1977.47.1076

de su iglesia; es necesario proporcionarles una orientación racional sobre cómo cuidar, limpiar y mantener, con los recursos de que disponen, una obra de esta categoría, cuyo interés estético e histórico es incalculable.

No debo dar fin a mi artículo sin mencionar, con gratitud, la amable acogida y la espontánea colaboración que para el estudio y fotografía del lienzo recibimos, tanto del padre Pulido como de los habitantes del lugar. Debo expresar, asimismo, mi reconocimiento a esas finas amigas: Guillermina Vázquez y Amada Martínez, que obtuvieron las fotos que se presentan al amable lector.

PINTURA DE ÁNIMAS DE LA IGLESIA DE SAN DIONISIO YAUHQUEMEHCAN, TLAX.

La Iglesia Triufante

Grupos

A. Santísima Trinidad.
B. Santos Inocentes.
C. Santos y mártires.
D. Vírgenes y mártires.
E. Defensores de la fe.
F. Religiosos.
G. Diáconos.
H. Angelitos.
I. Ángeles músicos.
J. Ángeles cantores.

Santos

1. Santa María.
2. San Joaquín.
3. Santa Ana.
4. San Miguel.
5. San Pedro.
6. San Pablo.
7. San Dionisio.
8. San José.
9. San Juan Bautista.
10. San Andrés.
11. San Juan Evangelista
12. San Bernabé.
13. Santa Bárbara.
14. Santa Úrsula (?)
15. Santa Águeda.
16. Santa Isabel de Hungría.
17. Santa Catalina.
18. San Fernando.
19. San Hermenegildo
20. San Luis Rey.
21. San Sebastián.
22. San Agustín.
23. San Gregorio Magno.
24. San Benito Abad.
25. Santo Domingo de Guzmán.
26. San Francisco de Asís.
27. San Ignacio de Loyola.
28. San Felipe Neri.
29. San Vicente de Paúl.
30. San Lorenzo.
31. San Felipe Apóstol.
32. San Esteban.